

DEBATES

EL GENERAL TIENE DEMASIADOS CORRESPONSALES

Germán Colmenares*

En alguna parte Ortega y Gasset observaba que un tratado de anatomía puede resultar aburrido como novela policiaca. En Colombia, es probable que algunos académicos de la historia llenen sus ocios con la lectura de tratados de anatomía en búsqueda de algún mayordomo asesino. Esto explicaría que en lugar de adentrarse en una experiencia literaria con la lectura de *El General en su Laberinto* de Gabriel García Márquez, esta lectura no les deje sino el malestar de haber presentado la distancia entre una obra maestra de la literatura y un discurso recipiendario.

La historia –¿estaremos hablando de la misma historia?– es una aventura intelectual fascinante, pero la imaginación histórica no es imaginación literaria. La imaginación histórica consiste en la capacidad de plantearse problemas peculiares de esa disciplina y de construir modelos hipotéticos que orienten el hallazgo de ciertas conexiones entre las partes de un tejido social. Estas construcciones hipotéticas tienen que confrontarse rigurosamente con un material empírico fragmentario, las fuentes históricas. La obra histórica encuentra su coherencia en este ir y venir entre lo hipotético y su verificación. El historiador reconstruye una realidad de la que las fuentes dan cuenta solo parcialmente. La riqueza de su reconstrucción depende tanto de la complejidad y la justeza de sus modelos hipotéticos como de las posibilidades de su verificación. Si esto no fuera así (y así es ¡hélas! En muchos casos) la historia apenas sería mala literatura.

La magia de la literatura consiste en que se trata de un acto de creación pura que sólo reposa en el lenguaje. El novelista no tiene que apoyarse, como el historiador, en *fuentes*, sino que es perfectamente libre de construir un mundo cuya realidad y cuya coherencia no dependen de su habilidad para copiar el mundo externo sino de ciertas convenciones básicas de su oficio. Al novelista y al poeta les basta la materialidad de las palabras y no tienen por qué recibir una caución de lo real. El problema de una novela como *El General en su Laberinto* podría simplificarse de esta manera. Es muy probable que esta obra sea traducida al ruso, al pakistaní o al malayo. Ahora bien, podemos

*Esta reseña inédita la escribió el maestro Colmenares en el mes de junio de 1989, pocas semanas después de aparecer *El General en su Laberinto*. Bogotá: Editorial Oveja Negra, marzo 9 de 1989. (Nota del Director).

concebir que lectores rusos, malayos o pakistaníes no sepan siquiera quién fue este general. La novela no tiene por qué apelar entonces a sus instintos patrióticos. Pero es muy probable que estos lectores hipotéticos alcancen una experiencia literaria que, al parecer, está vedada a quienes nos han prodigado tantas correcciones sobre la vida y milagros de Bolívar. Este es un hecho extraño que se atribuye al contenido universal que puede alcanzar una obra literaria y que depende de un núcleo intemporal que la distingue de, por ejemplo, una obra histórica. De paso podría observarse que no más de diez historiadores han alcanzado un nivel semejante en toda la historia de la civilización y esto gracias a una cualidad única que los adorna: el estilo.

Cuando un personaje histórico se convierte en el héroe de una novela, abandona forzosamente el reino de la realidad empírica para quedar al arbitrio de la imaginación del novelista. Nadie podría pretender que García Márquez nos esté revelando un Bolívar inédito o los detalles “vividos” o “humanos” que han escapado a la atención de los historiadores. De allí es que surge el equívoco sobre el hecho de que el personaje de la novela haya perdido su dimensión histórica. El equívoco se multiplica por cuanto en Colombia la historia todavía se concibe en algunos círculos como prolongación de la política. El héroe de la novela, de toda novela, es una ficción cuyo destino queda en manos de su creador. Es un tipo de héroe diferente por cuanto todo el periplo de su vida queda aprisionado en el lenguaje y su destino queda resuelto en la trama del relato. La trama que ha elegido García Márquez, entre muchas posibles, no es cosa de poco momento: es, nada menos, que la del enfrentamiento de un héroe (de novela) con la inminencia de su muerte. El hecho de que este héroe se llama Bolívar es perfectamente accesorio a la literatura. Un gran héroe, en la vida real, puede resultar un gran desastre literario. Y Bolívar, infortunadamente, ha sido víctima de la más execrable y piadosa literatura. Pero Gabriel García Márquez ha construido una trama en la que el elemento agónico más esencial de toda gran literatura atraviesa la prueba de fuego que significaba la elección de su personaje.

El riesgo era inmenso, como lo ha visto Antonio Caballero. Significaba, como él dice, nadar con una mano atada a la espalda. La vida pública no posee de suyo un dramatismo que pueda ser objeto del arte. Cuando se elige un tema de este tipo, las convenciones de la vida pública tienen que abandonarse o traducirse por la intimidación de las pasiones privadas. Ninguna novela podría desarrollarse en un espacio de figuración pública, en donde las palabras ni siquiera designan algo real sino que están impregnadas de la ambigüedad de los efectos que quisieran producir. La literatura, en cambio, quiere dar cuenta de las relaciones más profundas del ser humano. El héroe literario, desde Prometeo, sostiene una lucha contra el destino de la que sólo pueden ser

testigos los dioses. El héroe de esta novela en particular lucha con la fragilidad de su cuerpo encogido, desde la primera línea, en la que José Palacios “creyó que se había ahogado”, hasta la última frase que profiere: “Carajos”, suspiró, “¡Cómo voy a salir de este laberinto!”. El lector ha recorrido este sinuoso laberinto de una carnadura agotada. No sabemos los pensamientos del general, pero a cada paso sabemos de su cuerpo, de su tos, de sus agruras, de sus espasmos, de sus cólicos. Es un laberinto en que se entrecruzan sueños de gloria con la extenuación de los órganos mortales. La lucha feroz para mantener la compostura, la dignidad que podría acompañar a todo hombre, ruso, malayo o pakistaní, ante la inminencia de la muerte es el asunto de la novela. Lo que ha transmutado el objeto de tantos sentimientos patrióticos de un compañero de Ivan Ilich o del rey Lear, que por los siglos de los siglos pertenecerán a la literatura y que, por eso, nunca más necesitarán volver a repetirse.

